

tera y lúcida de la psicología analítica, la relación edípica aparece sombriamente ligada con la muerte. La imposibilidad de manifestarse a través del amor, como corresponde a su verdadera naturaleza, hace que la Gran Madre, desde las profundidades del inconsciente individual, se convierta en una deidad terrible, negación del amor y de la piedad.

ELKIN GÓMEZ

Un clásico

Estructura, función y cambio de la familia en Colombia

Virginia Gutiérrez de Pineda

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2.^a ed., 1999, 712 págs.

¿Qué se puede decir de un libro que fue originalmente publicado en 1975, basado en datos recogidos en 1969 y orientados por un censo de 1964? Si es un libro escrito por Virginia Gutiérrez de Pineda se puede decir mucho. Por una parte se puede asegurar que su actualidad radica en que nos muestra un periodo de transición tanto demográfica como de valores y comportamientos con respecto a la sexualidad, la familia y las relaciones de género. Después de leer este trabajo y apreciar su envergadura, cabe preguntarse: ¿Por qué tuvieron que pasar más de veinte años para que finalmente la Universidad de Antioquia publicara la segunda edición de *Estructura, función y cambio de la familia en Colombia*? Además, no sobra repetir lo que ya es ampliamente conocido: el trabajo formidable y pionero de doña Virginia —como la conocían muchos de sus estudiantes y colegas—, ha marcado la línea de los estudios sobre familia en Colombia.

Este volumen es el apoyo estadístico de la ya clásica trilogía sobre la familia en Colombia, compuesta, además, por *Familia y cultura en Colombia* y *La familia en Colombia*,

reeditados también por la Universidad de Antioquia. La investigación original en la que se basaron los tres libros está enmarcada en un estudio internacional sobre la estructura y los cambios de la familia en Perú, Brasil y Estados Unidos, patrocinado por el Latin American Population Research de la Universidad de Notre Dame (Indiana).



Ligia Echeverry, su entusiasta alumna y colaboradora, participó como asistente en la recolección de datos y escribe un útil prólogo en donde habla sobre su experiencia y sus memorias del trabajo de campo en zonas rurales inaccesibles y olvidadas, y de las peripecias financieras que se tuvieron que afrontar para finalmente lograr la publicación de los resultados de la investigación. Treinta personas, agrupadas en cinco equipos, visitaron dieciocho departamentos a lo largo y ancho del país. La metodología y el diseño de la muestra no emplean las técnicas tradicionales de la antropología sino que se basan en los procedimientos macros de la demografía y la sociología.

Como documento histórico, encontramos un detallado retrato de la familia en el periodo comprendido entre los años sesenta y setenta; en particular, un recuento de las actitudes referentes a representaciones étnicas, de identidad, tradiciones religiosas, ocupaciones y estratificación social en las diferentes zonas del país. En esta época ya se vislumbraban

grandes cambios demográficos y familiares que posteriormente se reflejarían en la legislación. Por ejemplo, se promulgaron leyes que permitían el matrimonio civil, el divorcio y además obligaban a los hombres a responsabilizarse de su paternidad. Al mismo tiempo se crearon instituciones como el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y Profamilia, cada una con sus funciones específicas, como líderes y promotores de cambios en la familia. Con Profamilia se masificó el acceso al conocimiento sobre el ejercicio de la reproducción, en un momento en que las actitudes morales y religiosas primaban, impidiendo la educación sexual y el acceso a métodos anticonceptivos. Todo esto produjo una serie de cambios en los ideales sobre el número de hijos, las expectativas sobre la familia y el balance de poder dentro de esta.

La agudeza observadora de doña Virginia abría los debates, exponiendo argumentos para explicar las desigualdades de género presentes en lo que ella llamaba los diferentes complejos culturales. Por ejemplo, nos muestra cómo la mujer indígena perdió su autonomía y su alto prestigio social cuando se introdujo la agricultura de tipo europeo. La incorporación de técnicas agrícolas y artesanales traídas de España se dirigieron a los hombres, desplazando a la mujer de la producción más activa y del control de los frutos de su trabajo.

Sería injusto reseñar este libro a la luz de los avances y discusiones teóricas relacionadas con la familia y con el género que han surgido a partir de los años setenta. En la época de su publicación ni se discutían aún conceptos como el de jefe de familia, sino que se daba por sentado que, si había un hombre adulto en la casa, él automáticamente era el jefe; ni se criticaban nociones como el de estructura o función. Por estructura, en este caso, se entienden las diferentes tipologías regionales de la familia encontradas en el estudio. La misma palabra *familia*, que puede significar muchas cosas diferentes, ha sido desmembrada,

criticada, puesta en desuso y vuelta a usar. Igualmente pasa con los términos *hogar*, o *grupo doméstico*, que son a veces empleados como si fueran sinónimos de la palabra *familia*. La misma autora ya apuntaba en esta dirección al escribir: "Cuando las manifestaciones tipificadas por la cultura no se demuestran, puede decirse que tampoco hay familia, en el sentido social, aunque existan los lógicos lazos de consanguinidad y afinidad".



Por funcionalismo se entiende, en este caso, el "conjunto integrado de roles" que se expresan en un "respaldo de naturaleza afectiva, económica, social y en la responsabilidad y control de las acciones". Vemos en este punto un énfasis en las funciones positivas de ayuda entre los miembros de la familia. El argumento de que la familia es "funcional" viene de la época de las teorías de Malinowski. Según esta perspectiva, la familia nuclear es una institución universal porque cumple con la *función* de suplir la necesidad de la crianza de los hijos. Por esta simple razón, la familia tiende a ser vista como inevitable e inmutable. Por otro lado, la influencia del funcionalismo se nota en el uso constante e indiscriminado de términos como "los roles de la mujer" o del hombre. Estos términos asumen el destino irrevocable y obligatorio y las jerarquías que tienen los integrantes de la familia, las diferencias en el poder de las mujeres y los hom-

bres, y la presencia de conflicto doméstico. Por esto, la familia es vista como una institución que funciona suave y perfectamente en el orden social establecido, olvidando que está cambiando constantemente, no sólo en cuanto los roles y el número de integrantes, sino en la adaptación frecuente a los cambios más amplios que ocurren en la sociedad. En este sentido, las tipologías enmarcadas dentro de complejos culturales no nos son de gran utilidad cuando, por ejemplo, se hacen análisis sobre la toma de "decisiones reproductivas". Mirar esto a nivel regional, oscurece el papel del gobierno, la Iglesia y las entidades internacionales sobre el control de las capacidades reproductoras de la mujer. Por otra parte faltaría ver la relación que existe entre los tipos de familia, el acceso a recursos como la tierra, el empleo, o los medios de producción, ya que la organización social, económica y política del país también ayuda a determinar el tipo de familia que se encuentre localmente.

Ningún grupo familiar ni ninguna otra institución social pueden ser vistos solamente desde el punto de vista de su estructura y de la función que tengan para los individuos que los conforman. El estudio de la familia debe estar enmarcado en el ámbito histórico y sociopolítico del país. Hay que identificar y tener en cuenta una serie de factores sociales que determinan el tipo de familia y el comportamiento de sus miembros. Por ejemplo, las normas culturales y las presiones sociales que existan, las tradiciones y sobre todo los imperativos económicos y productivos. A algunas de estas cosas ya apuntaba este volumen, y otras fueron desarrolladas por doña Virginia en su larga lista de trabajos posteriores.

Vale la pena mencionar que en esta investigación la familia no se presenta, como se tiende a hacer con mucha frecuencia, como la fuente de una serie de problemas sociales que van desde el sicariato y otros tipos de delincuencia, hasta las enfermedades mentales y la drogadicción. Éste es un amplio retrato de la fa-

milia colombiana en un momento histórico determinado. Un trabajo que deben conocer aquellos que se interesen por el devenir de la familia en un momento de retos y de cambio.

PATRICIA TOVAR

Antropólogos posmodernos descubren los prejuicios de la historia

Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia

Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano (comps.)

Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh), Universidad del Cauca, Bogotá, 2000, 349 págs.

Este texto recoge trece artículos, escritos principalmente por antropólogos, y forma parte de la colección *Antropología en la Modernidad*, impulsada por el Icanh. De entrada, el subtítulo del libro nos habla sobre la perspectiva que comparten la mayoría de los textos: la dimensión política de las prácticas históricas. Esta afirmación retoma la vieja sentencia sobre el poder y la necesidad que tienen los vencedores de imponer su versión de la historia. Sin embargo, el problema va más allá de las historias que han construido los imperios, los Estados y las revoluciones. Se trata de la función social que cumplen las prácticas históricas en diferentes contextos sociales y culturales. De por medio está, también, el papel de los saberes históricos y aquellos que los administran, en los procesos de construcción del pasado.

El distanciamiento de los autores de la visión historiográfica clásica, cada vez menos imperante en los círculos académicos, es evidente. Le-